

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

El Evangelio de hoy nos presenta tres imágenes llenas de fuerza: el tesoro escondido, la perla de gran valor y la red que recoge peces de toda clase. Con ellas, Jesús nos habla del Reino de los cielos y nos invita a preguntarnos: ¿qué es lo más valioso de mi vida?

El hombre que encuentra el tesoro y el comerciante que descubre la perla reaccionan de la misma manera: venden todo lo que tienen para adquirir aquello que han encontrado. Lo más llamativo no es el sacrificio, sino la alegría. No actúan obligados, sino porque han descubierto algo que supera todo lo demás. Cuando uno encuentra a Cristo de verdad, no siente que pierde, sino que gana. Lo que antes parecía imprescindible pasa a ocupar un segundo lugar.

También nosotros vivimos rodeados de muchos "tesoros": el éxito, la comodidad, el dinero, el prestigio o incluso nuestras propias seguridades. Ninguno de ellos es malo en sí mismo, pero ninguno puede ocupar el lugar de Dios. El verdadero tesoro es una relación viva con Jesucristo, que da sentido a todo lo demás. Quien encuentra ese tesoro descubre una paz que el mundo no puede ofrecer y una esperanza que no desaparece en las dificultades.

La parábola de la red añade un matiz importante. La red recoge peces buenos y malos, y solo al final llega el momento de la separación. Jesús nos recuerda que ahora es el tiempo de la paciencia y de la misericordia. La Iglesia es una comunidad de pecadores llamados a la santidad, no un club de perfectos. Dios sigue dando oportunidades para la conversión. Pero también nos recuerda que nuestra vida tiene un destino definitivo y que nuestras decisiones tienen un peso eterno.

Finalmente, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Habéis entendido todo esto?». Ellos responden: «Sí». Entonces les dice que el escriba instruido en el Reino saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas. La fe no consiste en abandonar lo recibido, sino en descubrir continuamente su riqueza. El Evangelio es siempre el mismo, pero cada día ilumina nuestra vida de una manera nueva.

Pidamos hoy al Señor la gracia de reconocer el tesoro que ya tenemos. Quizá no esté escondido en un campo, sino presente en la Eucaristía, en la Palabra de Dios, en la oración, en los sacramentos y en los hermanos.

Pidamos a la Virgen Santísima que no dejemos pasar la oportunidad de elegir a Cristo por encima de todo. Porque quien lo encuentra, no pierde nada verdaderamente importante; al contrario, encuentra la vida plena que su corazón siempre ha estado buscando.